

CRÓNICA DOCENTE

# LA FE QUE MUEVE MONTAÑAS. (Crónica) POR KALIMAN

Profesor de Audiovisuales en la facultad de mercadeo y Publicidad.

El sábado era sagrado para el protagonista de ésta crónica. Pero su sábado se ve interrumpido por el deseo de sus padres de viajar hasta Piendamó donde según dicen hay una niña que puede hablar con la Virgen María. En el viaje el joven reflexiona sobre las cosas que le son importantes y de una manera divertida aunque no exenta de drama, comprueba que la fe mueve montañas. En la crónica el protagonista se confiesa y descubre además las amarguras del amor y la desventuraza dejando una lección de vida. La fe es lo que nos convalida para ser competentes en nuestros proyectos. La masa se mueve permeada por los medios de comunicación social que los lleva y los trae involuntariamente movidos por los intereses comerciales y la fe no se salva de las intenciones mercantilistas de aquellos que venden la religión.





El timbre del reloj de cuerda empezó a sonar estridentemente a las tres de la madrugada, a una hora en que la gente aún duerme. Era sábado y mas dormido que despierto mi abuelita me llevó a la ducha porque íbamos a ir hasta Piendamó a visitar la niña que veía a la virgen. Algunos gallos trasnochadores cantaban en la lejanía acompañados del concierto de grillos que a esa hora cantaban desahorados. Mientras el agua fría me despabilaba del todo, mi madre y mi abuela preparaban el café cerrero que tanto amaba mi padre y se afanaba en organizar un desayuno frugal para que en las horas de viaje que nos esperaban no perdiéramos el tiempo parando en algún restaurante del camino. La verdad no quería ir a Piendamó. El sábado era para mi especial porque en la mañana iba al colegio a jugar fútbol hasta el medio día y la tarde la pasaba en las salas de cine de la ciudad. Precisamente este sábado estrenaban en el teatro Capri la película Extraño Presentimiento del libro de Stephen King, pero sabemos que cuando un padre dice que hay que viajar a Piendamó a ver la virgen, pues el fútbol y el cine sabatino quedan en segundo lugar. Mas resignado que contento terminé de bañarme y me vestí con la ropa que mi madre había sacado del armario de mi cuarto. Tal vez mi madre pensó que visitar a la Virgen de Pienadamó era un evento muy especial en vida así que tendría que viajar con pantalón de paño, camisa blanca, corbata de nudo eterno con caucho para el cuello y los odiosos zapatos de charol y la chaqueta de terlenca que mi padre me regalara por el último cumpleaños. Yo tenía la vaga esperanza de poder ir mas cómodo como por ejemplo con pantalón de jean, camiseta con la imagen del Zorro impresa en el frente y los tenis de educación física, pero las madre piensan diferente cuando se trata de ir a un evento especial como visitar a las tías, ir a misa o ir hasta Piendamó a ver a una niñita que decían poder hablar con la virgen María que se aparecía en un



árbol de su casa. Piendamó dista de Pereira unas siete horas en bus intermunicipal, pero él quería llegar lo mas temprano posible así que sin pensarlo dos veces contrató a Don Neptalí y el taxi que el buen señor manejaba desde siempre. Era un taxi como aquellos de la época. Un vehículo enorme con asientos en línea como las camionetas de hoy. El conductor compartía el asiento con otros tres pasajeros y en la parte de atrás podían ir cuatro mas cómodamente sentados. Era un taxi gris con tapicería de imitación cuero de color rojo subido y olor a caucho. Del espejo retrovisor colgaban un par de dados de peluche y la palanca de cambios ubicada en la cabrilla tenía en la empuñadura un cucharón verde tornasolado encerrado no sé porque milagro, en un domo de vidrio. Por el contrario don Neptalí no hacía juego con el taxi, pues era un hombre pequeño de risa fácil y dichos oportunos que salían de su boca con tanta facilidad que uno no podía dejar de sorprenderse ante el ingenio de este hombrecito maravilloso. Hacia las cuatro de la mañana mi padre, mi madre y yo estábamos vestidos, desayunados y listos para subir al taxi de don Neptalí que muy cumplido nos esperaba en la oscuridad de la madrugada para llevarnos de viaje hasta el departamento del valle de cauca a ver la niña de Piendamó.

Corría el año 1974 y estaban cerca los días para el mundial de México. Por ese tiempo amaba el fútbol casi como a mi propia vida. Hoy no lo soporto, tal vez porque fue mucho el fútbol que jugué y me hastié de él. Para ese entonces esperábamos con emoción el fútbol del mundo y conseguir la tabla de encuentros y posiciones era un verdadero desafío porque se agotaba apenas los comerciantes las ponían en la calle. Mi padre para esos años estaba en muy buena posición social y no le fue difícil conseguirme unos diez cartoncitos plegables para anotar los resultados. Guardé uno para mi y reservé los nueve restantes para algunos amigos ya desesperados que decían daría oro por un cartoncito de esos. Nunca fui mezquino, pero terminé vendiendo los nueve cartones a un excelente precio entre mis amigos. La verdad no tenía intención



de venderlos, pero cuando llegué el viernes con nueve posicionadotes en el bolsillo para repartírselos a mis mas cercanos, apenas lo mostré mi mejor amigo sin pensarlo dos veces me puso un billete de diez pesos en la mano y salió corriendo gritando por el pasillo – “! Ruiz vende las tablas del mundial !”. Nunca me gustó la fama o ser el centro de atención de los demás, pero vi como una avalancha de estudiantes salesianos se venía como una ola gigantesca sobre mi. Y sin saber como terminé con ciento diez pesos en el bolsillo. Creo que alguno se equivocó y pagó más de lo debido. De todas maneras metí en el bolsillo del pantalón de terlenca los ciento diez pesos a ver si me compraba algo en Cali, porque mi padre había dicho que de regreso pasaríamos por la capital del Valle.

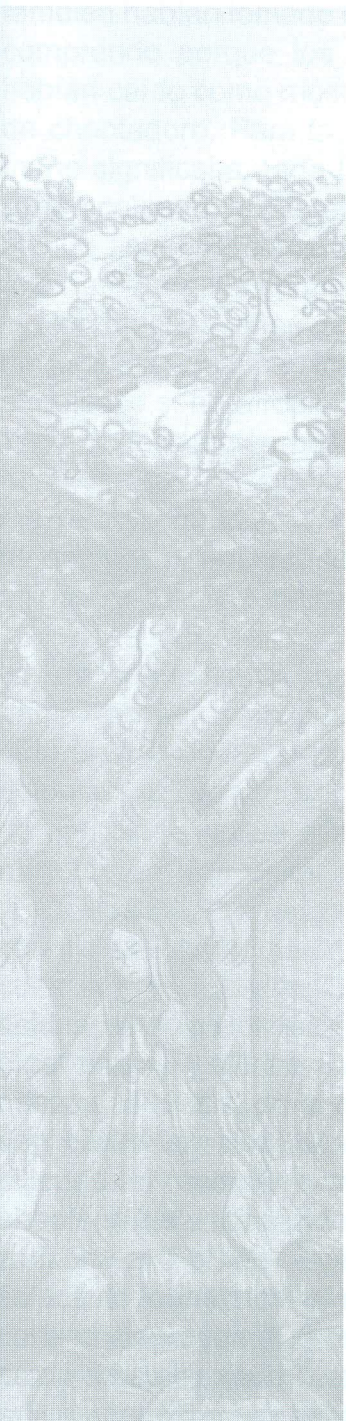
Las horas iban pasando y la caravana de vehículos que viajaban hacia Piendamó devoraba el camino. Los vecinos de la cuadra, se habían puesto de acuerdo con mi padre para ir de peregrinación y casi todas las familias iban repartidas entre dos buses municipales, dos taxis y una camioneta Big Job de los años cincuenta. Todos sin excepción iban con la esperanza de lograr algún favor milagroso de esa virgen que por esos días hacía furor en Colombia. Oíamos en medio de la carretera a los viajeros de los buses cantando a voz en cuello “ El trece de Mayo la virgen María bajó de los cielos a Cova de Iria... Avé...avé...avé María...Avéeee.... Avé...Avé María...” Hasta mi madre y mi abuela tarareaban las canciones entonadas por las señoras de la Congregación Mariana de la parroquia. Estaba seguro que era el padre Murillo el que iniciaba los cantos, pues era el más entusiasmado con el viaje. El calor que iba subiendo la temperatura del taxi empezaba a ser sofocante. Maldije la idea de mi madre de llevar el bendito saco y ponerme la corbata infeliz aquella que me apretaba el cuello inmisericorde mente, pero que le iba a hacer, cuando a mi madre se le metía una idea no había poder humano de quitársela. El radio del taxi desgranaba las baladas de moda. Rafael decía que era aquel que por amar a alguien podía dar la vida; Leonardo



Favio sostenía que el niño lloraba por la muerte de un pajarillo cantor, Viky por su parte hablaba de un gorrión perdido en medio de la lluvia o algo por el estilo. Ana y Jaime contaban que Ricardo Semillas había sido muerto por la policía y Piero tocaba a las puertas vendiendo leche y vendiendo pan a ver quien le quería comprar. Creo que me dormí en una posición incómoda sobre el hombro de mi abuelita, pues oía las canciones como desde el mas allá, acompañadas por la voz de un locutor que las presentaba afectado y con voz afeminada: "Escucharemos al sexto de la familia Blanes cantando Qué difícil ser feliz. Camilo Sexto amables oyentes en un disco exclusivo de esta su emisora ondas del Cauca en los 1350 Kilo Hertz. Llame a nuestra línea abierta y pida la música de su gusto, porque en ondas del Valle complacemos a nuestros oyentes... Ahora a nombre del asadero Don Matías el disco de lanzamiento en Colombia..."

La radio de ese tiempo fue para mí una compañera leal. La televisión por ese entonces poco podía ofrecer a la audiencia. Teníamos dos canales de televisión. El canal Uno y el Canal dos, ambos en blanco y negro. Por supuesto que disfrutamos la oferta, porque como decía don Neptalí... Cuando no hay solomo de todo como... Pero antes de las seis de la tarde no había nada interesante. Así que como no conocíamos héroes como los hay hoy día en la televisión, nos consolábamos con Kalimán el hombre increíble de cinco y treinta a seis de la tarde por el circuito Todelar, lo moderno en radio. A eso de las ocho de la mañana pasamos por Calí. Era la primera vez que conocía otra ciudad distinta a Pereira... bueno ya conocía Cartago y Santa Rosa de Cabal...Y estando muy pequeñito me llevaron a Medellín, pero casi ni recordaba como era... solo que había un hotel muy famoso con una piscina enorme y unos gringos monos y peludos que se





cogían el pelo con un caucho y que mi madre se echaba bendiciones escandalizada de ver a esos hombres barbudos tan peludos... recuerdo que mi padre le hacía señas para que se callara, porque estaba indignada y decía en voz alta..." Eave María purísima... si fueran hijos míos les ponía una totuma en la cabeza para peluquiarlos y dejarlos como unos indios motilones..." Pero Cali... era hermosa. Era grande con avenidas muy amplias y mujeres muy bonitas, pero rápido pasamos por cali porque decía don Neptalí que íbamos a llegar a muy buena hora. Que faltaba tres horitas para llegar a Piendamó. Vi en un esquina a unos muchachos morenos con carteles que decían: " Los yevamos a Piendamó por sien pesos ". Los vecinos de los buses estaban felices. Gritaban cosas a los muchachos morenos y cantaban himnos marianos. Así que los morenitos vieron pasar una buena oportunidad de hacerse a unos pesitos.

Los pueblos de Colombia son muy parecidos. Solo que en los del Valle el calor es infernal. El sudor corría por mi cara y mis axilas eran fuentes imparables de aguas fugitivas. Mi padre también sudaba. La marca de sudor se le extendía por la espalda, pues seguramente mi madre también le había sacado la ropa que no era muy distinta a la mía, pero que coronaba con el sobrerito hongo de fieltro gris también manchado de escandaloso sudor. Oh qué infierno este, pensaba para mis adentros. No podría vivir ni un minuto en medio de ésta hornacina de calderillo y soportar las horas del medio día que nos sorprendió sumidos en el sopor cuando avistamos las calles rojas de tierra de Santander de Quilichao donde los negros venden chontaduro maduro para el negrito Arturo, Jugo de Mora para la señora y de piña para la niña. Los buses pararon en la vereda y docenas de vecinos acalorados, colorados, sudorosos y cansados atacaron los puestos de



jugos naturales. Mi madre, mi abuela, mi padre y don Neptalí se bajaron a tomar jugos multicolores, pero yo quería tomarme una Coca Cola, pero en el pueblito olvidado este solo se conseguía Kolcana que era como una Coca Cola criolla muy... pero muy dulce. Mi madre dijo – Le prohíbo... tomar de esa porquería – Pero mi abuela mas buena que un pan salido del horno le dijo a su hija – Deje así... deje así... que una gaseosa no le hace daño a nadie. Mi padre ya se había tomado dos vasos de jugo de un líquido indeterminado y sospechosamente elaborado de Chontaduro. ¿Qué no se puede hacer jugo de Chontaduro? Claro que si. La prueba nos la dio mi padre en ese medio día canicular. Los efectos del jugo amarillento y espeso no se hicieron esperar porque la diarrea fue como una explosión fulminante que casi no le dio tiempo de entrar a un vetusto e infecto baño prestado por alguna familia de negros de ese pueblo olvidado por Dios. Se tomó un Alka Seltzer y un Imodium para cerrar la llave que el jugo había abierto. El Imodium era una cápsula verde y blanca especial para las churrias que mi abuelita milagrosamente sacó de su cartera de cuero negro que era como un pozo mágico lleno de objetos inverosímiles pero increíblemente útiles y oportunos.

Si uno era atacado por un súbito dolor de encías en medio la función matinal del Capri y uno tenía la fortuna de haber ido con la abuelita, ella sacaba de su pozo interminable una pasta de Motrin que quitaba el dolor de manera milagrosa. Mi abuelita era mi adoración y yo era la adoración de ella. Podría decir que éramos cómplices de los trasnochos viendo películas de terror y comiendo chispetas (Léase crispetas). Mi madre era muy rígida con las cosas de la casa y mi padre... pues mi padre no se metía en las cosas de la casa. Y yo...pues ahí iba tirando del carro. Los buses arrancaron en medio





de la algarabía y las risas, porque otros señores también habían tomado el jugo ese. Ahora ya mayor comprendo porque los señores de ese entonces habían caído como moscas sobre el puesto de jugo de chontaduro. Para la edad de esta historia para mi no significaba nada la palabra que leí sobre un cartón colgado de la mesa donde una negra vendía el jugo aquel. El cartel escrito con carbón o similar rezaba: " Fugo de chontaduro... el mejor afrodisaco ". Por muchos años creí que un afrodisaco era un jugo para calmar la sed. Ahora sé que no es afrodisaco si no afrodisíaco y que no calma la sed. Y entiendo también porque mi abuela se reía y se reía y se reía y se reía... hasta que de verla reír me reía yo también aunque mi madre me miraba furiosa y yo... ahí tirando del carro sin saber porque mi madre estaba tan brava y mi padre tan molesto.

He de confesar que por ese tiempo el amor ya había tocado a las puertas de mi corazón como diría un mal poeta. Pero el amor primero suele ser doloroso, artero y desdeñoso. Estaba enamorado de una niña vecinita ella de mi casa, muy bonita y muy purita. Una chiquilla de vuelos en las faldas y encajes en las naguas. Tenía carita de ángel y cabello tan rubio que el sol sentía envidia de su color dorado rutilante. Si era una pequeña diosita caída de la cuna de la guardería de los ángeles. Pero como el primer amor suele ser desdeñoso, ella me desdeñaba... es decir... ni bolas me paraba. Tenía una hermana boba que hacía sufrir mucho a sus padres. La hermana era tal vez dos años mayor que aquella que los cielos mandaron a la tierra para hacerme sufrir más. Mi diosita se llamaba Angela Serafina. Poseía un nombre que se le acomodaba perfectamente. La hermana boba se llamaba Diana Carolina y el nombre no se acomodaba a su apariencia lela. Los padres de mi diosita también iban en la peregrinación a pedir el milagro para la



boba, a ver si dejaban de sufrir por ella de una vez por todas. Crucé una mirada con Ángela Serafina cuando la caravana se detuvo en el pueblito olvidado por Dios, pero aunque por una milésima de segundo nuestros ojos confluyeron ella pasó derecho como si fuera yo el hombre invisible y es que tal vez a los doce años uno es invisible para las niñas de catorce.

Almorzamos en Piendamó. Piendamó es un municipio como todos los municipios de Colombia, no había allí nada que lo destacara en el concierto nacional. No había un museo, una plaza de Bolívar especial o un lugar donde uno dijera: "Oigan nos vamos para

Piendamó". El fenómeno del comercio es arrollador. En un pueblo donde uno podía morir de tristeza y aburrimiento, las calles parecían un mercado egipcio. Cientos de puesticos improvisados ora en un andén sobre un gobelino, ora sobre una caja de cartón de galletas salinas, ora sobre una mesa coja... se extendían rosarios de nácar, escapularios con la reliquia de Santa Teresa del Niño Jesús, retratos del Sagrado Corazón de Jesús, afiches de la virgen del Carmen sacando a las ánimas del purgatorio, fotos de la mano poderosa, bultos de san Gregorio Hernández a quien le jodieron la beatificación por ponerse de milagroso, fotos de Dorita... - Esa Santa no la conozco - dijo mi abuelita cuando un señor la abordó para venderle el retrato bendecido por el cardenal de la santica. - Dorita es la niña de Piendamó mi señora... la niña a la que se le aparece la virgen. Entonces ahí, mi abuelita sacó el rollito de billetes de su seno y le compró el retrato al señor. Era una peladita de unos doce años, de cabello muy corto casi como de muchacho que vestía pantalón negro, chaleco negro y blusa camisera blanca con puños en boleros. Mi padre estaba emocionado, mi madre estaba brava con mi padre, mi abuelita fascinada con el gentío y yo



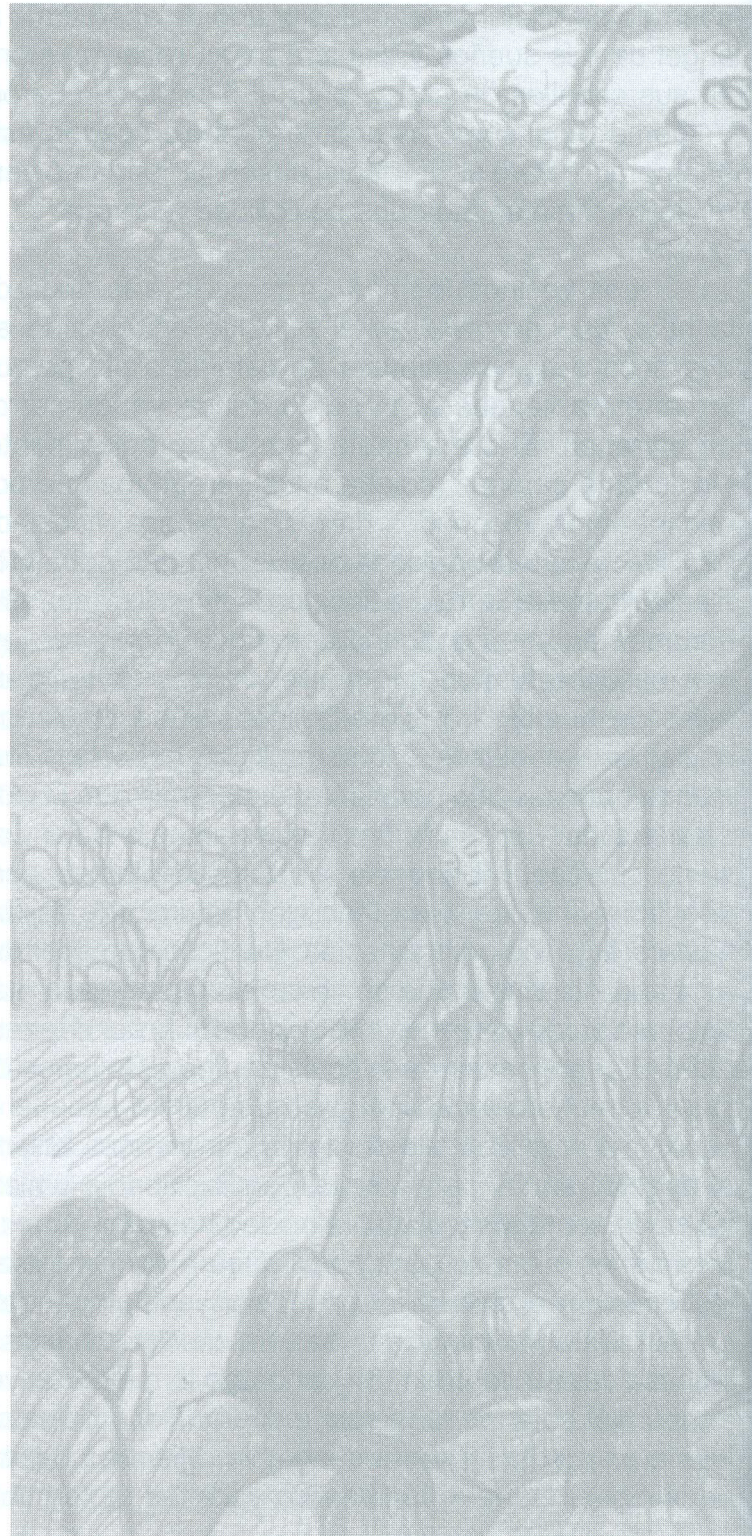
aburrido pero lejanamente ilusionado de acercarme al ángel de mis sueños y siquiera tocar, rozar mi mano en sus cabellos de oro y sentir el olor de su cuerpo. Válgame Dios, como es uno de pendejo cuando está enamorado. Pero es verdad el paseo a Piendamó para mi se convirtió en toda una posibilidad amorosa.

Los vecinos íbamos en romería a la finca de la niña, que no vivía en el pueblito aquel, sino en una finca a quince minutos de camino a pie porque la carretera llegaba a un punto donde ya los carros no entraban. El clima había cambiado radicalmente. Un llovizna pertinaz mojaba a los peregrinos que nos encontramos ensopados de pies a cabeza, haciendo equilibrio en medio del lodazal que se formó por tantos pies hollando la tierra. La finca de la niña de Piendamó quedaba en una hondonada profunda. Abajo se veía una casucha blanca con tejares rojizos rodeada de miles de hombres, mujeres, niños, niñas, ancianos, ancianas, paralíticos... una multitud rumorante, un mar de cabezas que ondulaban esperando que la niña saliera a dar su bendición.. Empezamos a bajar con sumo cuidado. Mi abuelita me tomó del brazo para apoyarse y no caer por el tobogán natural que bajaba hasta el lugar de peregrinación. He dicho que adoraba a mi abuelita y creo que no he tenido experiencia más dolorosa en mi vida, que verla bajar de culo por la ladera enjabonada a causa de la lluvia pertinaz. Bajamos de culo es mas correcto, porque mi abuelita pesaba lo suyo y yo gran pendejo por mirar con la boca abierta al angelito aquel, perdí el pie y juntos abuela y nieto bajamos sentados y a alta velocidad hasta llegar a los pies de los miles de peregrinos que en común tenían las ropas por la zona de las posaderas, completamente embarradas, indicando su manera de bajar hasta la dichosa casa milagrosa. Sin embargo lo mejor fue ver a mi ángel bajar de la misma manera. Por fin algo de lujuria en medio de tanta desgracia. Mientras bajaba de sin igual manera, la falda de volantes se le subió



hasta la cintura, dejando ver una promesa futura representada en dos piernas blancas como la leche coronadas por un calzón negro bastante ordinario, pero que me acompañó por muchas noches en mis sueños y fantasías. Mi madre, tan digna, tan señora... tan impávida, cayó a nuestro lado maldiciendo a mi pobre padre que no tardó en aterrizar patiabierta cerca de nosotros. La angustia era pensar cuantos peregrinos mas nos íbamos apelotonando como un desenfrenado efecto dominó humano, con riesgos de fracturarse o hacerse daño. Claro que la fe es tan grande que ahí está la niña de Piendamó por si acaso algo malo pasa. La niña de Piendamó y la Cruz Roja que tenía un puesto de atención por allí cerca. Entonces por fin... salió la niña de Piendamó. Estaba igual a las fotos que vendían los comerciantes de la fe. Con el pantalón negro, chaleco y blusa. Nos dimos cuenta por la gritería que se armó. Yo no la vi porque el gentío me tapaba la visión y mis ojos estaban puestos en otros intereses. Entonces empecé a prestar atención porque oía voces que gritaban "Milagro...Milagro...Milagro..." Y la gente lloraba y las señoras se tiraban al suelo presas de ataques espirituales... "Transportes de amor" decía mi abuelita. Vi a una señora soltar las muletas y caminar con pasos vacilantes, dejándose caer de rodillas y gritando "Milagro...Milagro...Milagro..." Otro más allá se paró de la silla de ruedas...y comprendí que verdaderamente Dios estaba ahí en esa tarde fría donde la lluvia pertinaz nos tenía encalambrados a todos. "Lleve el agua bendita por solo quinientos..."

La imagen de la virgen en la cera de las velas por solo doscientos pesos... La bendición del papa por solo mil pesos..." Muchas voces vendiendo, muchos pesos intercambiando de dueños. La cartera de mi abuelita adorada se iba llenando de artículos de fe, de esperanzas de amor. La jauría humana movida







COLECCIÓN  
ARTÍCULO

por la fe. El comercio de los santos y los milagros movidos por la esperanza de un acto increíble para creer.

Eran ya las cinco de la tarde y teníamos tanta hambre que cuando logramos salir del pozo, devoramos las pobres raciones que el mercado gastronómico de Piendamó nos pudo ofrecer. Agua de panela caliente con queso. Entonces cuando mi mano temblorosa intentaba llevar a mis labios ateridos un sorbo de aquel quemante dulce, la vi a ella llorando desconsolada. Oh Dios, porque



mi ángel llora de esta manera desgarradora?. La madre de la niña también lloraba... entonces pensé: “Miércoles... se les hizo el milagro”. Mi madre y mi abuela se acercaron al grupo familiar para tratar de averiguar que pasaba y a ver si podrían ayudar. Las vi cuchicheando y que mi madre se llevaba las manos a la cabeza y ponía cara de angustia. Vino el cura párroco y todos se fueron con unos policías. “Ay Jesús” pensé yo sospechando algo innombrable... Mi abuela se sentó en la mesa del restaurante aquel donde no comíamos las viandas. Miró para atrás asegurándose que todos los llorones se fueron y... Rompió a reírse... Mi padre abrió los ojos como pidiendo explicaciones...

- Vida triste la del pobre Lázaro...- dijo mi abuela –
- ¿Por qué dice eso doña María? – Preguntó mi padre.
- Pues... se les hizo el milagrito – dijo mientras rompía a reírse de nuevo.
- ¿Cómo así? – dije yo
- Si... Pues la boba ya no es problema. – dijo mi abuela
- ¿Qué? ¿Se curó? – preguntó mi padre.
- Mejor que eso mijo... se perdió...
- ¿Cómo? – exclamé yo.





- Si miijo... en medio de la gente la bobita se perdió y no han podido encontrarla. Ahí se fue su mamá a ver en que puede ayudar.

Nunca pudieron encontrar a Diana Carolina a quien el nombre le era mas grande. Esa familia se quedó en Piendamó por una semana buscando, pero de la chica nada se volvió a saber. He de decir que Ángela y yo fuimos novios, pero que nada bueno quedó de eso, porque los primeros amores son muy sufridos y para sufrir mejor estar solo. Y pasados unas semanas las noticias dijeron algo que nos golpeó en la cara como un buen puñetazo. Lo de la niña de Piendamó había sido una farsa. Los milagros que vimos no eran mas que engaños. Decían las noticias que los “curados” eran personas contratadas por los avivados que habían montado el show y que la familia y la niña de Piendamó habían sido víctimas de engendros del comercio religioso.

Yo no olvido mi visita a Piendamó, no olvido a mi abuelita adorada que se me murió una mañana en el baño de la casa porque se resbaló y golpeó la cabeza. No olvido a mi padre que echó madres a diestra y siniestra cuando los noticieros dijeron la verdad, y no olvido a mi madre que le tocó irse para el patio a reírse de la inocencia de mi padre. Por supuesto los vecinos no podíamos dejar de mirarnos con cierta conmiseración por haber sido tan pendejos y el cura párroco renunció para irse a otra parroquia. Claro no soportó la vergüenza tan grande.

El verdadero milagro está en nuestro interior. En la fe que pongamos en nuestros proyectos en lo asertivos que seamos a la hora de poner un producto, una campaña o un mensaje institucional en los medios de comunicación. El milagro está en su fe, en el creer en usted mismo.